

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 71

40 Cents.

27 JUNIO
1926

¡QUE HERMOSO ES EL MAR,
MORRONGUIS! ¿A TI QUE
TE GUSTA MÁS DE ÉL?

¿A MÍ? ¡LAS SARDINAS!



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



PUES SEÑOR, ESTO ERA UN CAZADOR QUE ESTABA MERENDANDO EN LA SELVA....



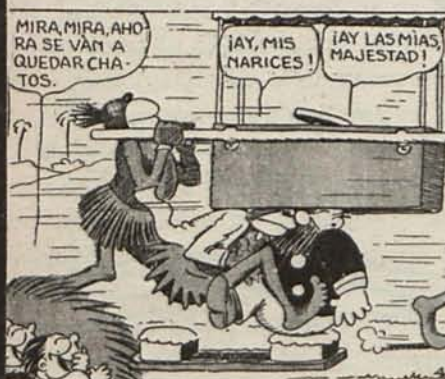
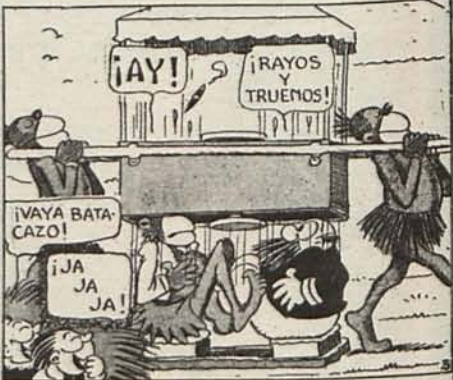
...Y UN POBRE LEÓN HAMBRIENTO LE PIDIÓ UN TROZO DE PAN, PERO EL CAZADOR SE LEVANTÓ Y LE DIÓ UN PUNTAPIÉ EN LAS NARICES.... ENTONCES EL LEÓN SALIÓ EN DEFENSA DE SUS NARICES



...Y NO DEJO DEL CAZADOR MAS QUE LA CARABINA. MORALEJA = NO HAY QUE DAR PUNTAPIÉS EN LAS NARICES A LOS POBRES LEONES HAMBRIENTOS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



DEL PRIMER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA NUESTROS SUSCRITORES



Hónrase hoy PINOCHO publicando esta fotografía de S. A. R. la Serenísima Sra. D.ª MARÍA DE LAS MERCEDES DE BAVIERA Y DE BORBÓN, Infanta de España, augusta Pinochista suscritora, a quien ha correspondido el **tercer premio** de nuestro *Primer Concurso de regalos a los suscritores de PINOCHO*. Dicho tercer premio consistió en **Una magnífica caja de soldados**.



Lolita Díaz Estens.

Vigo.—A quien ha correspondido el **5.º premio** del *Primer gran sorteo de regalos a los Pinochistas*. Dicho premio consistió en un soberbio **Triciclo** alquelado con llantas de goma.



Anita Casariego de Bel.

Ribadeo.—A quien ha correspondido el **7.º premio** del *Primer gran sorteo de regalos a los suscritores*. Dicho premio consistió en un precioso **Tocador** para niña con encajes, espejo y esencieros.



Juan Manuel de Urquijo.

Madrid.—Felix poseedor del recibo de suscripción al que ha correspondido el **Primer premio** del *Primer gran sorteo de regalos a los suscritores de PINOCHO*, consistente en un magnífico **AUTO CITROEN**. (Otro igual será el primer premio del **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores de PINOCHO**, cuyos detalles se publican en este mismo número.)



José de Elguren.

Bilbao.—A quien ha correspondido el **2.º premio** del *Primer gran sorteo de regalos a los suscritores*. Dicho premio consistió en un magnífico **Cinematógrafo**.



Rafael Alonso Alcalde.

Valladolid.—A quien ha correspondido el **4.º premio** del *Primer gran sorteo de regalos a los suscritores*. Dicho premio consistió en una espléndida **Máquina fotográfica**.

Ved en este mismo número los premios y condiciones para el **Segundo gran sorteo de regalos a mis suscritores**.

PINOCHO

PROGRAMA
PARA HOY

LA
ESCAPATORIA
DEL
COLEGIO

Sensacional!

GRAN CINE



Los niños serán siempre niños.

—Despacio, *Avión*. No hay por qué apurarse; tenemos toda la noche para hacer la ronda.

Así exclamaba el jinete de la policía montada Tom Terry, refrenando suavemente la velocidad de su espléndido caballo blanco.

En la tranquilidad de la noche no se oían más ruidos que las pisadas del *Avión* al trotar por la carretera. Al volver un recodo, en el cual había un grupo de árboles, Tom divisó la silueta oscura del colegio de niños de Moor. Era un edificio antiguo, bonito, una de cuyas fachadas lindaba con la carretera. El policía se quedó sorprendido al ver que de una de las ventanas de esta fachada pendía una cuerda que casi tocaba en la franja de césped que quedaba entre el edificio y la carretera.

Como a aquellas horas los colegiales debían de estar durmiendo, Tom llevó el caballo a un trote silencioso hasta ponerse debajo de la ventana, y allí esperó sin moverse, a ver quién se descolgaba por la cuerda.

Por la ventana de donde ésta pendía asomó la cabeza de un chico, que dijo a alguien que estaba detrás de él:

—Está muy bien puesta, Bentley; baja detrás de mí. Y tú, Sanders, acuérdate de izar la cuerda después de que nos hayamos ido.

Tom oyó esta advertencia y en seguida vió al muchacho que, poniéndose sobre el antepecho de la ventana, se deslizaba por la cuerda.

Y no se quedó poco sorprendido el chico al verse cogido por la mano férrea de Tom! Con el susto, no tuvo siquiera ánimos para poder gritar y prevenir a su compañero, quien no sospechando el peligro, deslizóse también por la cuerda y fué igualmente apresado por el policía. Los dos muchachos quedaron de pie, uno a cada lado del *Avión*.

—¿Viene alguno más? —preguntó éste.

—¡Nnnnnooooo...! —balbuceó uno de ellos que se llamaba Jackson.

—Supongo que seréis colegiales de este colegio.

—Sí...; pero no sabíamos que estaba usted esperándonos —respondió Bentley, el otro muchacho.

—Lo creo. ¿Y qué íbais a hacer a estas horas escapándoos del colegio?

—No íbamos más que a dar un paseo... No pensábamos hacer ninguna cosa mala —murmuró Jackson—. Nos hemos caído como unos tontos, Bentley.

—Es una imprudencia, por vuestra parte, escaparos del colegio por la noche. Tendré que llevaros a la portería y devolverlos al portero.

—¡Por Dios, no nos descubra usted! Nos expulsarían o, por lo menos, llevaríamos un buen castigo.

—¡Sí; por favor, señor policía! ¡No sea usted rígido con nosotros! —imploró Bentley.

—No; realmente, yo no quiero acarrearos ningún mal —dijo Tom compadeciéndose de ellos—. Si no os acuso, ¿me prometéis volver al colegio y no escaparos más?

—¡Se lo prometemos! —afirmaron los dos muchachos a la vez.

—¡Pues entonces, arriba! —ordenó Tom—. Por esta vez haré la vista gorda.

Jackson cogió la cuerda y empezó a trepar por ella.

—¡Muchas gracias, señor policía, por habernos perdonado! —exclamó Bentley, trepando también detrás de su amigo.

Tom los observó hasta que hubieron desaparecido por la ventana, que se cerró suavemente.

—¡Qué pilletes! —pensó—. Aunque no me gusta estropear combinaciones, me alegro el haberlos hecho volver, porque nadie sabe los peligros que pueden correr esos muchachos vagando solos por el campo a media noche.

Avión continuó trotando por la carretera, y al cabo de un rato Tom percibió un ruido ensordecedor, como de una cascata.

—Es el río Cueva —se dijo—. Con las lluvias de estos días va como un torrente.

El policía llegó al puente. El río corría impetuoso y crecido hasta casi llegar el agua a los bordes. Había tomado el curioso nombre de Cueva, porque un poco más abajo penetraba bajo tierra, y corría subterráneo una distancia de seis kilómetros, hasta salir al otro lado del páramo.

Tom siguió corriendo, y tomó un atajo que atravesaba el campo. A la izquierda, y un poco lejos, vió dibujarse dos figuras que cruzaban una pequeña loma.

—¡Hola! ¿Quién andará errando por el páramo a estas horas? —exclamó Tom.

Las figuras desaparecieron y el policía se propuso averiguar dónde se habían metido y qué hacían por allí. Para ello hizo volverse al *Avión* y emprender la loma arriba. Al llegar a la cumbre miró en torno suyo, esperando ver por alguna parte a las dos figuras; pero se quedó sorprendido al advertir que tampoco por allí estaban. ¿Dónde podían haberse metido? Tom empezó a buscarlas cada vez más intrigado, porque parecía que se hubieran evaporado.

Notó que un matorral que allí cerca había se meneaba, y eso era bien extraño, porque no soplabla viento alguno. Deslizóse de la silla para mirar el matorral, que cesó repentinamente de moverse. El policía se inclinó sobre él, y apartando las ramas encontró una cavidad que parecía un pozo, y, además, atada a uno de los arbustos, una cuerda.

Allí estaba la explicación de que hubieran desaparecido aquellas dos personas, y de que la planta se moviera.

—¿Qué hará esa gente ahí abajo? —se preguntó el policía—. ¡Ea! Yo tengo la obligación de investigar este asunto.

El policía sacó del bolsillo una lámpara eléctrica, y la enfocó al interior del pozo; era una abertura natural, en forma de chimenea; la cuerda descendía por ella.

—Pues bien: vamos allá —murmuró Tom, guardándose otra vez la lámpara. Y agarrándose a la cuerda, se metió por el pozo abajo. *Avión* no se movía de allí sin permiso de su amo... Estaba muy bien domado para que le desobedeciera.

Tom bajó con toda clase de precauciones por el pozo que estaba en completa oscuridad; le pareció una larga jornada, pero al fin sus pies tocaron en terreno firme y pudo ponerse en pie. Quedóse rígido, escuchando, porque de lejos venían ruidos de voces animadas y risas.

—Esto se pone más emocionante a cada momento —pensó sacando la linterna del bolsillo y echando a andar cautelosamente en dirección a donde partían las voces.

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la Administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).



El río subterráneo.

Tom encontrábase en un túnel extraño, cuyas paredes y techo eran de roca y el suelo de arena.

Después de una caminata de unos quinientos metros, oyó las voces mucho más claramente, y percibió el resplandor de una luz; entonces apagó su linterna. Unos minutos más de camino y se encontró con que el túnel se ensanchaba, formando una espaciosa galería. A un lado de ella corría un río, que supuso sería el trozo subterráneo del Cueva; el río se había abierto un canal tan profundo, que quedaba lo menos tres metros más bajo que el nivel del túnel, perdiéndose a lo lejos en la oscuridad.

Pero lo más sorprendente es que a la orilla del río estaban sentados una partida de muchachos que, por sus gorros, Tom vio que pertenecían al colegio de Moor. Delante de ellos tenían dos cestas grandes de comida, con toda clase de manjares que rociaban con diferentes bebidas, cuyas botellas tenían en las manos.

Tres antorchas incrustadas en el suelo proyectaban una luz roja en las caras de los chicos, y en las paredes de la cueva. Los colegiales reían y charlaban. Indudablemente estaban pasando un rato muy divertido, y Tom supuso que habían venido a celebrar una fiesta en aquella cueva, solo por el placer de cometer una travesura.

—Jackson y Bentley no acababan de llegar —decía uno de ellos.

—¡Los habrán atrapado! —respondió otro, ante lo cual Tom no pudo por menos de sonreír.

—¡Bueno, no importa! ¡Ya comeremos su parte! —añadió otro, sirviéndose una ración de empanada y bebiendo de una botella de cerveza—. ¡No se pondría poco furioso el viejo Potter si supiera... —Potter era el nombre del director del colegio.

—¡No nos quites el apetito pensando en esas cosas, tú, pájaro de mal agüero! —añadió otro de los muchachos arrojándole una manzana al que había hablado—. Nadie más que nosotros sabe que existe esta caverna.

El que había hablado primero bajó la cabeza para evitar el golpe de la manzana, y lo recibió Tom, que estaba oculto en la penumbra.

Al oír el golpe todos se volvieron hacia aquel lado y de todos los labios salieron frases de desaliento y pasmo al ver el uniforme de un policía montado.

En aquel momento sucedió una cosa inesperada.

El río, que corría torrencialmente hinchado por las recientes lluvias, debió de haber ido socavando profundamente la orilla, y no pudiendo resistir por más tiempo el peso de los chicos, se hundió repentinamente, causando un ruido muy extraño.

En menos de lo que se dice se habían ido al agua los chicos, botellas y cestas, devorándolo todo la corriente. Donde hacía un momento estaban media docena de alegres colegiales, no quedaba ahora más que un hoyo inundado de agua.

A los gritos de los infortunados niños se mezclaron las frases de desaliento del policía, que se precipitó hacia adelante, dispuesto a meterse en la corriente. Pero comprendió que tal intentona sería inútil, porque la visión que tuvo de los chicos fué tan rápida, que desaparecieron por el túnel sin darle tiempo a hacer nada; y se encontró solo repentinamente.

Pensó que ir detrás de ellos sería inútil. Los muchachos tenían todas las probabilidades de ser arrastrados hasta la desembocadura del túnel, que quedaba al otro lado del páramo; pero allí era donde estaba el mayor peligro, porque muy cerca de la salida del río había una catarata grande.

—¡Es necesario llegar allá antes que ellos! —exclamó Tom dando la vuelta y corriendo por el túnel para salir por donde había entrado. Con ayuda de la linterna pudo llegar al pozo, y sintió una gran satisfacción al ver que seguía allí la cuerda colgando.

Agarróse a ella y ganó fácilmente la boca del pozo. Una

vez fuera aspiró con ansia el aire fresco de la noche y dió un silbido agudo. Respondiendo a él se oyó un profundo relincho y en seguida apareció el *Avión*, que acudía a la llamada de su amo.

Tom saltó encima y sacudió las riendas. El intrépido animal sabía que esa era la señal de que se requería velocidad.

—¡Hala, *Avión*, corre! ¡Que de tus patas depende la vida de seis muchachos!

Metiéndose en hoyos, saltando peñascos, chapoteando por charcos que salpicaban el agua en todas direcciones, el caballo blanco volaba.

Era aquella una de las carreras más rápidas y emocionantes que Tom había tenido en su vida.

Y al descender una colina y ver aparecer abajo la desembocadura del río Cueva, dió un suspiro de satisfacción. Cincuenta metros más abajo el río se precipitaba en una rápida catarata cuyo rugido era ensordecedor.

Tom hizo los preparativos con la mayor rapidez. Desenrolló la cuerda que siempre llevaba a prevención y ató uno de los extremos a la silla. Apenas hecho esto, oyó un grito, y por la boca negra del túnel aparecieron dos muchachos, cogidos uno a otro.

Tom dió otro grito para contestarles, y deslizándose de la silla del caballo les arrojó la cuerda con tan buena puntería que cayó en medio de las dos cabezas, y los chicos pudieron agarrarse a ella.

Detrás de éstos aparecieron otros dos, que venían igualmente arrastrados y que corría el mismo peligro de perecer en la catarata.

El policía se arrojó al río, y dando unos poderosos golpes con los brazos, nadó hasta llegar junto a los chicos. Con una mano cogió a uno de ellos, mientras el otro se le agarraba a la chaqueta.

—¿Dónde están los otros dos? —gritó Tom.

Contestando a su pregunta se oyó un grito pidiendo socorro. Eran los dos que faltaban que aparecían en aquel momento por la boca del túnel.

Pero entonces ya *Avión* había sacado a los dos primeros del agua tirando de la cuerda.

—¡*Avión*, ven a salvarnos! —le gritó su amo.

El valiente caballo se zambulló en el río y nadó hacia su dueño.

—Cogeros al caballo —les gritó Tom.

Cogieron a la silla y Tom retrocedió para salvar a los otros dos; y tiró de ellos hasta sacarlos a la orilla.

Unos minutos más tarde los seis estaban a salvo fuera del río.

—¿Qué hacíais metidos en aquella cueva? —les preguntó Tom.

—Uno de nosotros la descubrió un día y se nos ocurrió que sería muy divertido celebrar allí una fiesta a media noche... —dijo uno de ellos—. Ahora se lo contará usted todo al profesor Potter..., ¿verdad?

—Si me prometéis no volver a escaparos jamás del colegio, no os delataré.

—¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos! —dijo un coro de voces.

—Muy bien. Además, me parece que ya os habrá servido de lección la aventura de hoy. Ahora todos al colegio corriendo, no sea que cojáis un resfriado.



Soluciones de los problemas y pasatiempos correspondientes al mes de febrero

NÚMEROS 52, 53 Y 54

Estas soluciones y dibujos están hechas por la pinochista Carmen Zaldívar Garci-Alonso, primer premio de esta primera serie de Concursos.

Rompecabezas del pato ciego.



El lobo y la cabrita.



El valiente caballero.

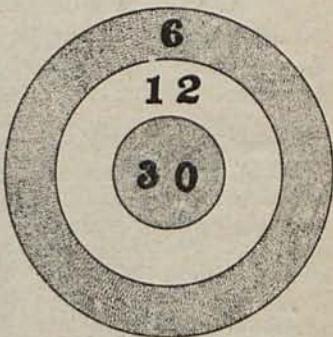


El caballero se encontraba a 120 kilómetros del Palacio Real y tuvo que marchar a una velocidad media de 24 kilómetros por hora.

Perico, comedor de calabazas.

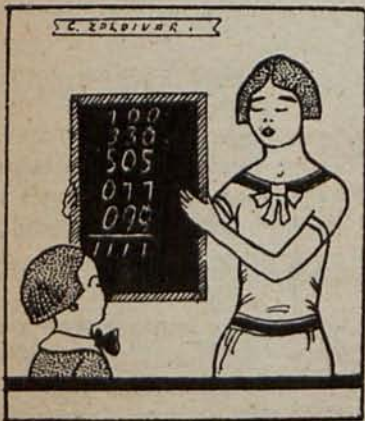


Problema.



Hay los siguientes blancos: 1 en la zona 6, que vale 6; 2 en la zona 30, que valen 60, y 3 en la zona 12, que valen 36. Total de blancos, 6. Valor de ellos, 102. Dividido el valor 102 por el número de blancos 6, dan el cociente 17.

Suma fantástica.



Suprimiendo el 7 y el 9 del lugar de las centenas de los dos últimos sumandos, se obtiene el resultado 1.111 indicado en el problema.

Problema del tiro al blanco.

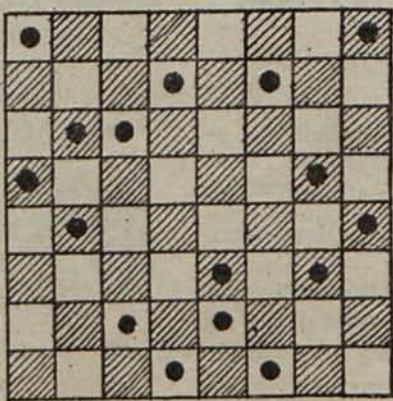


Número de blancos 18; su valor es 213. Dividido dicho valor por 3, que es el número de cazadores, corresponden a cada uno 71 blancos.

La cruz.



Problema de damas.



Recorte difícil.



EL TESORO DE ALÍ DEL CAIRO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Y les dió permiso para que salieran a las afueras de la ciudad hasta que llegara la noche, que reanudarían su viaje. Y, apenas tuvieron aquella licencia, se despidieron de él y salieron fuera de la ciudad y volaron por el aire, marchándose cada cual a su sitio.

Alí estuvo acompañado hasta bien entrada la noche por el dueño de la casa. Cuando se quedó solo, subió a ver a su familia, los saludó y les preguntó por la vida que habían llevado desde su separación. Y la mujer lo informó de que ellos habían pasado hambre, desnudez y fatigas sin cuento.

—¡Alabado sea Dios —exclamó Alí—, que se ha dignado salvarnos! ¿Cómo habéis venido?

—Señor —contestó la

mujer—, yo estaba durmiendo con los niños, la noche pasada, y de pronto noté que me levantaban del suelo, como igualmente a los pequeños, y que volábamos; pero nada malo nos sucedió. Después de volar un rato, descendimos en un lugar que parecía un campamento de beduinos. Allí había mulas cargadas, una litera sobre dos mulas enormes, rodeada de pajes y criados que la guardaban. Yo les pregunté quiénes eran, qué significaban aquellas cargas y en qué lugar estábamos. Y ellos me respondieron con todo respeto: «Somos criados del comerciante Alí, del Cairo, hijo de Hasán el joyero, y él nos ha enviado para que os llevemos a su lado a la ciudad de Bagdad.» «Y es largo el viaje de aquí a Bagdad, o corto?» —les pregunté. «Está cerca —me dijeron—; sólo hay un espacio que se recorre en una noche.»

Después me subieron a la litera, y al amanecer estábamos en tu presencia, sin haber tenido novedad alguna.

—¿Y quién os ha dado estos vestidos —preguntó Alí.

—El jefe de la caravana —continuó diciendo la mujer— abrió uno de los cofres cargados en las mulas y sacó de él estos trajes y me entregó uno para mí y otro para cada niño; cerró luego el cofre y me dió la llave, encargándome: «Guárdala para entregársela a tu esposo.» Aquí la tienes —y se la entregó.

—¿Conoces el baúl? —le preguntó Alí.

—Sí; lo conozco —contestó ella.

—Y los dos juntos bajaron al almacén a ver los baúles.

—Este es —dijo señalando uno—. Y Alí metió la llave en la cerradura y lo abrió. En él encontró muchos vestidos y las llaves de todas las demás cajas y cofres. No pudo resistir al

deseo de saber lo que contenían y, sin perder un instante, los fueron abriendo uno tras otro, gozando con la vista de las perlas y piedras preciosas que encerraban, procedentes de los tesoros, semejantes a los cuales no se podían encontrar ni en poder de los reyes. Y, volviendo a cerrar los cofres, marido y mujer subieron al salón.

—Esto es lo que nos ha querido regalar Dios —dijo Alí a su esposa—; y la llevó ante la losa de mármol que tenía el resorte; moviólo y abrió la puerta de la alhacena, donde entraron los dos, y se divertieron viendo el oro que había almacenado allí.

—¿Cómo has adquirido todo esto —le preguntó ella.

—Por la bondad de Dios —contestó el marido—. Y le contó con detalles todo lo que había pasado.

—¡Oh señor y dueño mío! —exclamó la esposa al conocer la historia—. Toda esta felicidad se debe a las plegarias de tu padre, que antes de su muerte rogaba por ti, diciendo: «Pido a Dios que te libre de toda dificultad y te socorra con su ayuda.» ¡Alabado sea el Señor, que se ha dignado socorrerte y ayudarte más todavía de lo que necesitabas! Yo te conjuro por Dios, ¡oh señor mío!, a que te apartes para siempre de las malas compañías que tanto frecuentabas. Que vivas ahora en el temor de Dios en privado y en público.

—Yo acepto, esposa mía, con gusto estos consejos —contestó Alí—, y pido a Dios que aleje de nosotros a los perversos y que nos asista para perseverar en su servicio y seguir la ley de nuestro

honrado Profeta. Vivió Alí con su esposa y sus hijos en una gran holgura.

Tomó una tienda en el zoco, en la cual colocó algunas joyas y piedras preciosas de valor, y allí se puso a vender, acompañado de sus hijos y de sus esclavos, llegando a ser el más honorable de los comerciantes de Bagdad. Llegó al rey la noticia de Alí y un día envió un emisario a decirle:

—Ven a hablar con el rey, que desea verte.

—Oír es obedecer —contestó Alí, y preparó algún regalo para el monarca.

Tomó cuatro fuentes grandes de oro purísimo y las llenó de perlas y piedras preciosas, sin semejantes entre los reyes de la tierra.

Con ellas se presentó ante el rey de Bagdad. Al verlo, prosternóse en tierra e hizo votos porque su gloria y su feli-





ciudad fuesen eternas, hablándole con las mayores muestras de respeto. El rey le dijo:

—¡Oh comerciante! Tu llegada ha producido la alegría en nuestra ciudad.

—¡Oh rey del tiempo! —le replicó Ali—. Tu esclavo se atreve a ofrecerte este pequeño obsequio, esperando de tu bondad que te dignes aceptarlo.

Y le entregó las cuatro fuentes de oro. El rey las descubrió y las miró cuidadosamente, y vió en ellas perlas y piedras preciosas, tales como él no las poseía y cuyo valor era mayor que el del tesoro real.

—Acepto complacido tu tesoro, ¡oh comerciante! —exclamó el rey—, y si Dios quiere, te recompensaré con algo semejante.

Ali besó la mano del rey y se retiró. Este entonces reunió a los grandes dignatarios del reino y les preguntó:

—¿Cuántos reyes han pedido mi hija por esposa?

—Muchos —le contestaron.

—¿Alguno de ellos me ha regalado cosas semejantes a éstas?

—No —le dijeron—, pues nadie tiene objetos de tal valor.

—Yo pido a Dios —exclamó el rey— que me conceda la felicidad de poder casarla con este rico comerciante. ¿Qué os parece?

—Se hará lo que tú ordenes —contestaron.

Mandó el rey a los pajes que condujeran las bandejas al serrallo para mostrárselas a la reina, la cual, así que vió aquellas maravillas que nadie podía poseer, preguntó:

—¿Qué rey ha traído esto? ¿Acaso alguno que pide la mano de nuestra hija?

—No; no es regalo de rey —replicó el marido—. Me las ha regalado un comerciante del Cairo que ha venido a vivir a esta ciudad. Oí hablar de él, lo mandé llamar con intención de comprarle algunas alhajas para nuestra hija y él me ha hecho el obsequio de estas maravillas. Como he visto que es hombre joven, de agradable trato, de fina inteligencia, de mayor elegancia que muchos hijos de reyes, mi corazón se ha inclinado hacia su persona, y sería para mí un gran placer poderlo casar con mi hija. He consultado con los grandes del reino y me han dado su aprobación. ¿Qué me contestas tú, querida esposa?

—Es cuestión que ha de resolver Dios y tú, ¡oh rey del tiempo! Lo que Dios quiere, eso sucede irremisiblemente.

Y decidido a llevar a cabo su propósito, a la mañana siguiente hizo comparecer a todos los del Consejo, mandó que vinieran Ali del Cairo y todos los comerciantes de Bagdad.

Una vez que todos estuvieron en su presencia, hizo llegar al cadí y le dijo:

—Escribe el acta de matrimonio de mi hija con el comerciante Ali del Cairo.

—¡Perdón, señor! —exclamó vivamente Ali: No está bien que sea tu hijo un hombre como yo.

—Lo sé —replicó el rey interrumpiéndole—, y en previsión de esto te he concedido el cargo de visir.

Acto seguido lo investió del visirato, y lo sentó en la silla de los visires.

—¡Oh, rey del tiempo! —dijo Ali—. Tú me has favorecido y honrado más de lo que podía sospechar; pero yo no puedo ser el esposo de tu hija. Yo me atrevería a pedirte que concedieras la mano de tu hija a mi hijo Hasán.

El rey mandó venir a su presencia a Hasán, gallardo muchacho de catorce años, y, viendo sus buenas cualidades, aceptó

la proposición de Ali. El cadí escribió el contrato matrimonial, y el asunto concluyó del mejor modo posible. Todos los del Consejo fueron a casa del nuevo visir Ali del Cairo para felicitarlo por su nombramiento.

Pasado algún tiempo, celebráronse las bodas con festejos públicos que duraron treinta días. El rey mandó construir un palacio, al lado del suyo, para Hasán, y otro para su padre, y con ellos comunicaba a cada momento. Pero cayó el rey enfermo y temió que, si llegaba a faltar, hubiera en el reino alguna turbación, y reunió a los grandes dignatarios de la corte y a los emires de Bagdad. Consultóles acerca de la persona que podría sucederle en el reino dignamente y todos estuvieron acordes en indicarle el nombre de Hasán, el marido de su hija, por su honradez, su talento, su discreción y su trato de gentes. Y en vista de tal

opinión, el rey ordenó al cadí escribir el acta en virtud de la cual abdicaba el trono en favor de Hasán, esposo de su hija. Todos los circunstantes aprobaron tal decisión. Y Hasán gobernó rectamente a su pueblo, lo mismo mientras vivió el padre de su esposa, que después de su muerte. Reinó largos años y tuvo tres hijos que lo sucedieron en el trono de Bagdad.

FIN

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).

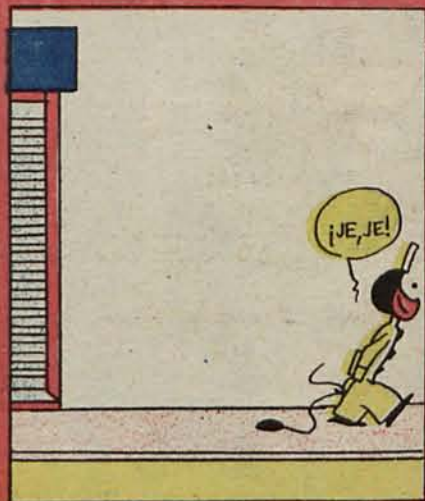


COLORÍN Y SU PANDILLA



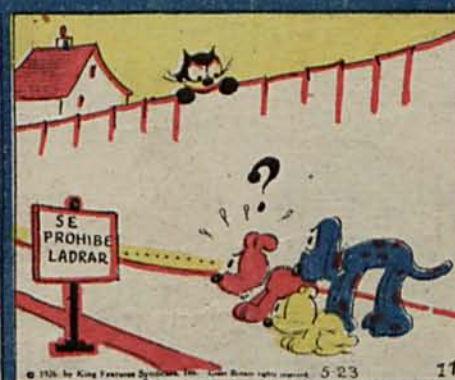
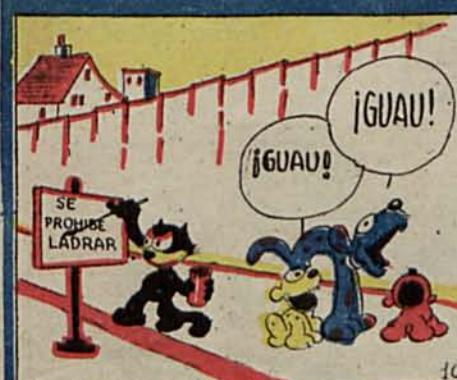
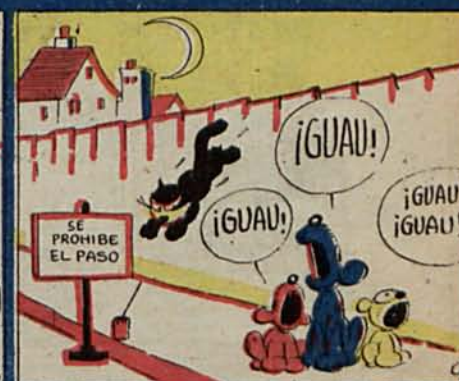
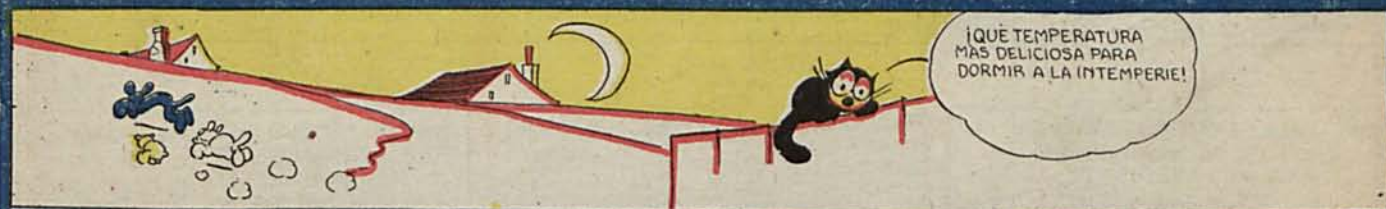


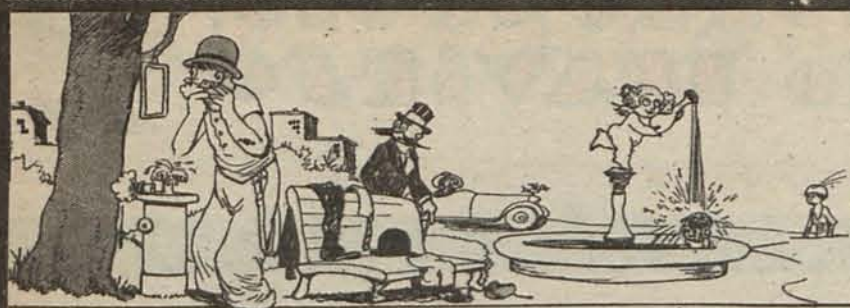
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS,
EL GATO TRAVIESO.





POTIPÁN Y CAÑAMÓN

ESTA CASA DE HUÉSPEDES ES
LA CASA DE TÓCAME ROQUE
¡CAÑAMÓN, DESPIERTA!



NO PUEDO;
NO ESTOY
DORMIDO

SEÑORA, YO SIENTO
TENER QUE IRME
PERO ESTA CASA
ES UN INFIERNO
DE RUIDOS TODA
LA NOCHE.



PUES DUERMAN
DE DÍA

DE DÍA TENGO
YO MUCHO QUE
JUGAR

ASÍ QUE TENDRÁ QUE
DEVOLVERME LOS
CINCO DUROS QUE
LE DI ADELANTA-
DOS



¡JA, JA!
¿DÓNDE ES-
TARÁN ESOS
CINCO DUROS!



¿QUE DÓNDE ES-
TARÁN? PUES
AQUÍ SE LOS VI
GUARDAR



¡BAJE DE
AHÍ AHORA
MISMO, SO
GRANUJA!

¡AY!



Y LE ADVIERTO QUE ES-
TO ES UNA CARICIA COM-
PARADO CON LA PALIZA
QUE LE DARÉ COMO
VUELVA POR
AQUÍ.



OYE, TÚ QUE CONOCES A LA
PATRONA PODÍAS HACER EL
FAVOR DE PEDIRLE CINCO DU-
ROS QUE TIENE MIOS; POR-
QUE DICE QUE
A MI ME VA A
MATAR DE UNA
PALIZA.

NO HAGAS CA-
SO. ESA MU-
JER HABLA
MUCHO PERO
LUEGO NO
SE ACUERDA
DE NADA.



SUBE SIN MIEDO QUE
VERÁS COMO TE DA
LOS CINCO DUROS

CAÑAMÓN, VETE
POR UN PERIÓDICO
DE HOY PARA QUE
BUSQUEMOS HOS-
PEDAJE.



¡SEÑORA.....!



ESTE PERIÓ-
DICO ES CASI
DE HOY.



¿QUE ESPERAS?
¿PERO AÚN
NO HAS SUBI-
DO?



NO. ESTOY ESPERAN-
DO A ESE TÍO QUE DI-
CE QUE LA PATRONA
NO SE ACUERDA DE
NADA.....

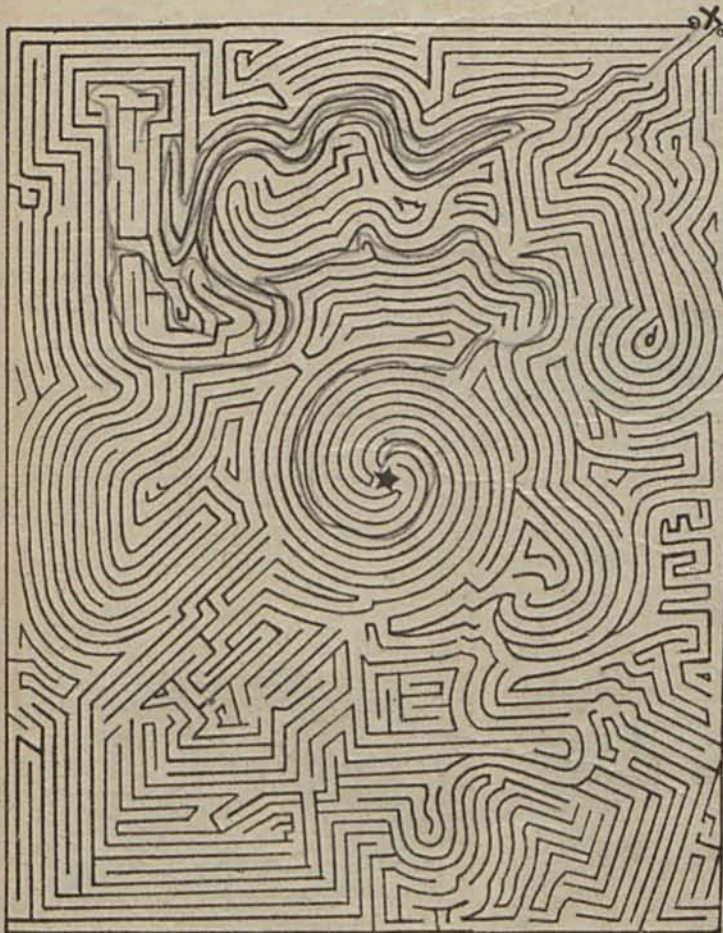
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

RIÑA DE GALLOS



Una vez había en una alquería unos animales que se llevaban muy mal. Se habían dividido en dos bandos, cada uno capitaneado por un gallo. Una mañana salieron al campo los jefes de grupo para dirimir sus cuestiones y al poco rato empezó la pelea. ¿Sabéis cómo acabó? Pues llevándose por los aires a uno de los gallos un águila que estaba oculta, y comiéndose al otro gallo un perro que para el caso estaba en acecho. ¿Dónde se ocultaban estos dos animales?

LABERINTO



A partir de la puerta marcada con una cruz, llegar al centro indicado con una estrella o viceversa.

ROMPECABEZAS

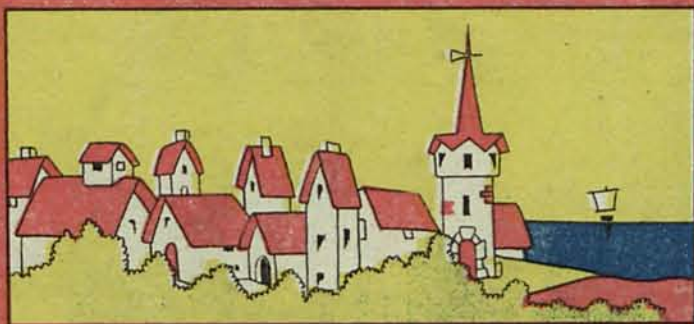
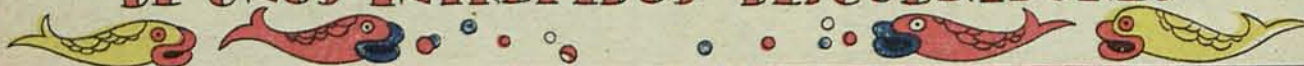


Con estas piezas formar un animalito muy conocido.

PINOCHISTA	CUPON DE SOLUCIONES	
	DEL MES DE MAYO	
	ENVIO DEL PINOCHISTA	
	D.	
	calle de número Pueblo Provincia	

TRISTÁN EL PILOTO

EMOCIONANTES Y DIVERTIDOS EPISODIOS
DE UNOS INTREPIDOS DESCUBRIDORES



VIVIA TRISTÁN EL PILOTO EN UNA PINTORESCA ALDEA DE PESCADORES AL NORTE DE NORUEGA.



CONSULTANDO ATLAS Y PINOCHOS DESCUBRIÓ QUE EL POLO ESTABA SIN DESCUBRIR



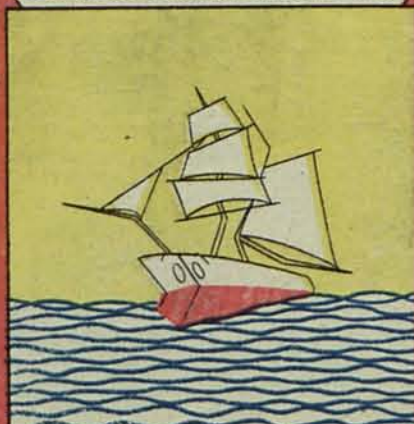
Y EN UNA MOVIDA CONFERENCIA EXPU-
SO SU RESOLUCIÓN DE IRSE AL POLO



SE LE UNIERON ZUCÁIN EL CAR-
PINTERO, Y EL SABIO DOCTOR PEÓN



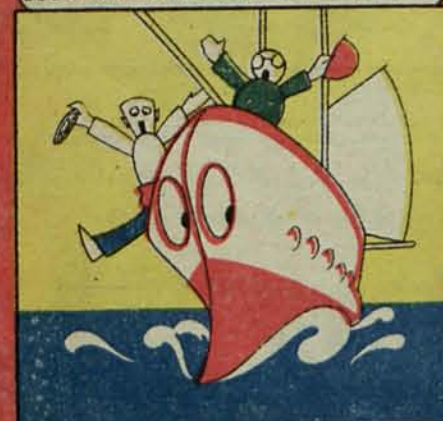
Y CONSTRUYERON UN NAVIO AL QUE DIERON
EL SONORO NOMBRE DE 'LA GUITARRA'



EL POBRE BARCO NO SE PODÍA TENER
DE MIEDO PENSANDO EN EL VIAJE



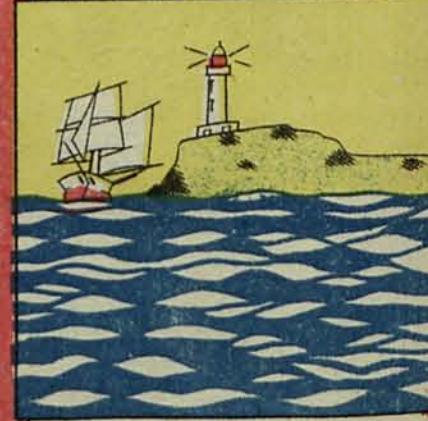
EMBARCARON BRASEROS, PARAGUAS,
UN GATO, PAN, VINO Y POSTRES.



UNA MAÑANA ANTES DE QUE SALIESE EL SOL
SALIERON ELLOS CON RUMBO AL POLO NORTE



EN ALTA MAR DIJO TRISTÁN QUE NO TO-
CARIA LA GUITARRA EN NINGÚN PUERTO



A MEDIODÍA PASARON FRENTE AL CABO
NORTE Y LO HICIERON SARGENTO

COLABORACION PINOCHISTA

HISTORIETAS



Cebollita y Cebolleta se escaparon de la huerta.



Y sin tener dos pesetas fueron a campo traviesa.



Cansados de tanto andar, sentáronse a descansar.



Mas el hambre, que no [espera, les hizo andar a carrera.



Y un pollino, que los vió, rebuznando los siguió.



Y por salir de su esfera, se los comió en la pradera.

LUIS GARCÍA RUIZ.—Catorce años, León.

Aventuras de Pocholita.

Pochola la gracia quita al novio de su hermanita.



Pone tinta, sin temor, en el pulverizador.



El novio quiere agradar y se deja perfumar.



Y el espejo le revela que ha cogido la viruela.



Y, preso de gran terror, se marcha a ver al doctor.

Pocholita encuentra a mano un coche para su hermano.



Está cansado el «pebete» de tanto correr cobete.



Y un hombre-anuncio, al punto resuelve bien el asunto.



Arreglado el cochecito, engaña al viejo del pito.



Y cuando él ve lo que pasa, se encuentra el epíbe en su casa.

JULIÁN MARTÍN.—Buenos Aires.

Pinocho, enamorado.



Pinocho se levanta muy temprano y sale a la calle ufano.



Después baja la escalera y saluda a la portera.



Por la calle, pinturero, va hecho todo un caballero.



Corriendo, a todo correr, va en busca de su mujer.



No quiere hacerla esperar y un «auto» corre a tope.



Y después de comer bien al baile se va también.

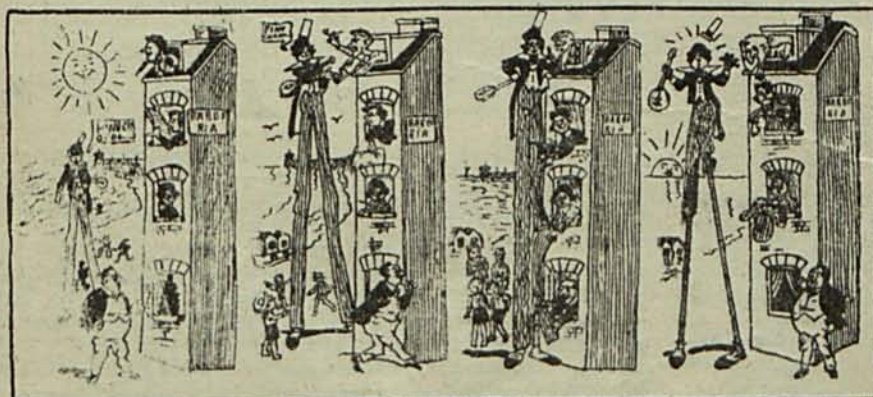
MARIANO URDIAIN.—Nueve años, Madrid.

Un sueño accidentado (historieta muda).



ANTONIO N. V.—Seoane.

El hombre de los zancos (historieta muda).



JOSÉ SERRANO CUBILLO.—Villanueva-Minas.

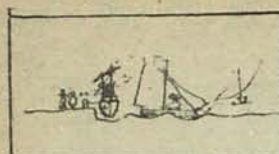


—Nombra tu partido de fútbol ligero y su nombre.
—Está bien, Cuquito.
—¿Para qué?
—Para mandarlo a PINOCHO.

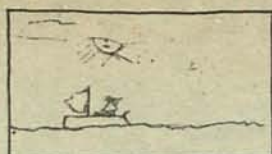


—Mira, a la una sale el correo para Europa.
—Corramos.
—Ya salió el correo, hace cinco horas.
—¡Esponjas!

DEMETRIO E. VALDÉS.—Once años, Panamá.



1.—En el puerto de Alejandria embarca Pinocho.



3.—Reza con fervor y Dios oye sus ruegos.



5.—Le coge un moro y le lleva a Axdir.



7.—Toman los españoles Axdir y llevan a Madrid a Pinocho en «autos».



Toros en Salsipuedes.

1. El alcalde del pueblo, encargado de presidir la fiesta, que está siendo muy elogiado por su singular desacierto.

2. El carnicero Eufasio Caro, encargado de despachar los cuatro toros.

3. El veterinario encargado de reconocer a los toros, pues sus padres no los reconocieron.

4. Un momento de la lidia. El valiente matador «El Chaleo», en un farol.

CARLOS FERNÁNDEZ. Doce años. Cerecedilla.



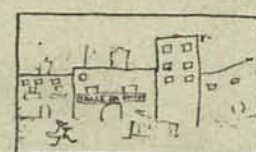
2.—En alta mar le sorprende una tormenta.



4.—Yendo a parar el barco a las costas de Marruecos.

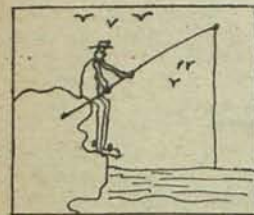


6.—Allí le hacen trabajar en las trincheras.



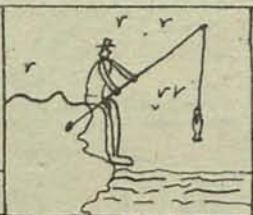
8.—Y después de mucho andar, llegan a casa de Calleja.

EDUARDO CERCILLO.—Diez y seis años. Granada.



Pescando está, muy ufano, el pescador don Ulpiano.

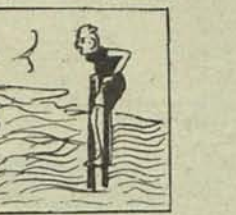
FRANCISCO DEVEZA.—Doce años. Barcelona.



Después de mucho esperar sacó un pescado del mar.



—¡Entre, entre, que aquí se puede hacer pie!



¡¡¡...!!!
JOSÉ MARIA AGUIRRE.



—¿Dónde estará Don Turulato?

—¿Dónde estará Currinche?



—Voy a buscar a Don Turulato!



—Voy a buscar a Currinche.



—Pues por aquí no está.



—Pues no lo encuentro.

M. S. C.—Sevilla.

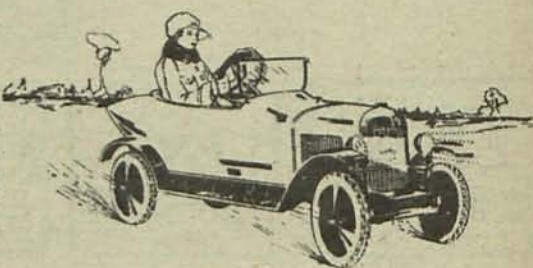


—¡Vaya, las doce. Hoy Currinche duerme al sereno.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera saber, amigo, cómo vive la ballena, cuáles son sus gustos, sus favoritos deportes, sus costumbres.

—No es deportista la ballena, créeme. Es un animal pacífico, hasta cierto punto, que vive en las profundidades del Océano, pescando o paseando. Cada quince minutos, la ballena se alza hasta la superficie del agua, saca su cabeza, abre su boca de seis metros, y respira.

—¿Respira?

—Claro que sí.

—¿Pero la ballena no puede vivir bajo el agua?

—Vive en el agua, pero respira en el aire. La ballena, Chonón, es un mamífero. Tú sabes bien lo que es un mamífero. La ballena necesita, de vez en cuando, salir a la superficie. Lo hace cada cinco minutos, y solo en momentos de peligro, cuando se ve perseguida, se mantiene en las profundidades del mar, media hora, a veces una hora.

—¿Y es grande la ballena?

—Grandísima. El animal más enorme de hoy día. Alcanza una longitud de diez y ocho a veinticuatro metros, con un peso de ciento cincuenta mil kilogramos, o más. Su boca tiene unos cinco o seis metros de largo y tres o cuatro de ancho. Es un animal temible. El coletazo de una ballena hace zozobrar un navío.

—¡Atiza! No habrá pez que se le acerque.

—Sí, hay uno: el pez de espada. Sólo el pez de espada acomete a la ballena. Procura dejarla ciega, primeramente, y luego, con una legión de compañeros, se encarga de rematar al terrible cetáceo. Pero, aparte ese pez guerrero, no hay ningún animal que se atreva con la ballena. Esta, por su parte, no se mete con nadie. Tan sólo cuando tiene hambre abre su boca—su enorme boca de seis metros—, toma un buche de agua y se traga tranquilamente cuantos peces hayan tenido la desgracia de encontrarse en el agua. Y nada más.

—¿Te parece poco?

—Hombre, no me parece poco. Pero para lo que es la ballena, me parece, hasta cierto punto, un procedimiento tranquilo, pacífico...

—¿Y en qué mares viven esos animalitos?

—Habita esta especie en los mares de la región circumpolar del N., manteniéndose siempre en las inmediaciones del hielo, realizando, por consiguiente, en un año, importantísimas emigraciones. Para éstas se reúnen en rebaños de centenares. Generalmente vive la ballena en pequeños grupos, constituidos por tres o cuatro individuos.

—¿Es cierto que la ballena, cuando sale a la superficie, lanza unos chorros de agua?

—No es agua, Chonón, es aire húmedo lo que lanza la ballena por sus orificios nasales. Eleva estos chorros, por lo general, a unos seis metros.

—Me dijiste en cierta ocasión—¡¡¡jate: no olvido tus lecciones!—que la ballena duraba unos cuatrocientos o unos quinientos años. ¿Es ello posible?

—¡Qué quieres que te diga, querido amigo! No es posible averiguar, a ciencia cierta, la duración de una ballena. No es posible. Pero si lo es, desde luego, una aproximación. Y de esta aproximación depende aquella cifra. La ballena dura unos quinientos años.

—¡Ahí es nada! ¡Cinco siglos!

—Es el animal más grande, como te he dicho, y el de vida más larga.

—¿Y qué me dices de la pesca de la ballena?

—¡Oh, querido Chonón! ¡Cuánto ha degenerado esa pesca! ¡Cuán romántica era antes, hace unos siglos, y qué vulgar, cuán sistemá-

tica y fría es hoy! La pesca de la ballena era practicada ya en el siglo IX, por los noruegos, y en los siglos XIII y XIV, por los vascos. Estos extendieron sus expediciones hasta Terranova, y más tarde penetraron en el Océano Glacial Ártico. ¡Qué hombres! ¡Qué valor! En los siglos XVI y XVII ya se dedicaron también a esta pesca buques de otras naciones. Hoy día, la pesca de la ballena se halla en manos de ingleses y americanos: los primeros la practican en las costas de Groenlandia; los segundos, entre las islas americanas del Océano Glacial hasta el mar Okhotski. En un principio, en el siglo XVIII, eran tan abundantes las ballenas junto a las costas norteamericanas, que su pesca se practicaba en bote. Pero hoy... ¡Qué pena, Chonón! ¡Cuánto ha degenerado esta pesca! ¡Cuán pocas ballenas se pescan al cabo del año!

—Bueno, no te pongas triste, querido buho. Me apenas demasiada.

—Perdón, Chonón. Como soy tan sensible...

—Dime: ¿cómo se practica la pesca de la ballena?

—Antiguamente, como te he dicho ya, la pesca de la ballena constituía un sport delicioso, atrayente, perfectamente aventurero. En los meses de mayo, junio, julio y agosto, los buques balleneros surcaban los mares donde abundaban los grandes cetáceos. Al avistar alguna ballena, si era antes de la puesta del sol, lanzaban al agua las embarcaciones menores, botes tripulados por un patrón, cuatro remeros y un arponero. Seguían a la ballena hasta poder arponearla. Herido el animal, desaparecía bajo el agua, llevándose clavado el arpón y arrastrando la cuerda del mismo. Quince minutos, veinte, a veces más, permanecía la ballena en las profundidades. Sin embargo, la necesidad de respirar la hacía subir a la superficie, y entonces, nuevamente, otro arponazo remataba al cetáceo casi instantáneamente.

—¿Qué bonito!

—Luego se la remolcaba y amarraba al costado del buque. Los marineros, provistos de unos zapatos tachonados de clavos muy puntiagudos para no resbalar, descendían sobre el lomo de la ballena y procedían a despedazarla.

—Y hoy, ¿cómo se caza la ballena?

—Hoy no se usan los antiguos arpones, Chonón. Hoy se caza la ballena, como quien dice, con bala.

—¿Es posible?

—Modernamente se usan arpones complicadísimos que son lanzados, mediante un cañón especial, desde la cubierta del vapor. Dichos arpones tienen cuatro brazos articulados, los cuales, al abrirse en la carne de la ballena, disparan un percutor que produce la inflamación de una carga explosiva. Así muere la ballena instantáneamente y no hay necesidad de arponearla otra vez.

—¡Qué crueles somos, querido buho!

—Decididamente, este nuevo procedimiento ha evitado riesgos que antes suponía la caza de la ballena; pero, por otra parte, hace que sean muchas más las ballenas perdidas, bien por huir asustadas al dispararle un arpón con mala puntería, bien por romperse la cuerda y desaparecer la ballena herida.

—¿Y da mucho producto una ballena?

—Muchísimo. Una ballena de unos diez y ocho metros de largo y unos setenta mil kilogramos de peso da, aproximadamente, treinta mil kilogramos de grasa subcutánea y unos mil seiscientos de barbas. De la grasa se obtiene, por fusión, unos veinticuatro mil kilogramos de aceite de ballena.

—No es poco, que digamos.

—Además, de la ballena se aprovecha todo, de la cabeza a la cola, hasta los huesos, con los cuales se fabrican muebles de suma delicadeza y elegancia.

—¡Vaya un animalito aprovechado!

CORRESPONDENCIA

A mis queridos colaboradores.—Como sigo recibiendo trabajos, unos sin cupón, otros con él, he de poner en conocimiento de todos esos colaboradores que por ahora, hasta nuevo aviso, no saldrá nada, en absoluto, de cuantas cosas me remitan. Es lástima que gasten tinta y papel y que arranquen, inútilmente, un cupón de concurso. Todo, como se ha dicho, irá al cesto de los papeles, venga con cupón o sin él. Un poco de paciencia, queridos Pinochistas. Dentro de poco tendréis ocasión de mandarme infinidad de cosas. Y entonces serán publicadas con mucha más rapidez que como lo han sido hasta ahora.

Blas Moreno Estévez.—¡Cuánto me hubiera gustado, querido Blas, publicar tu proclama, a su tiempo, con oportunidad! Pero ya es tarde. Aun cuando yo quisiera adelantar su publicación, no podría, y, por otra parte, esas líneas patrióticas tuyas no cuadran en ninguna de las secciones en que está dividida la colaboración infantil. Cuando se de la orden oportuna, mándame trabajos—tú, uno de mis suscritores más inteligentes, más listos—y ya verás cómo salen tus cosas, las que nuevamente me remitas.

Juan R. Valdés.—¡Oh amable Juan! Yo te invito a que leas, con tus grandes ojos inteligentes, el primer párrafo de esta sección de correspondencia. Nada más.

Adolfo Gómez Sepúlveda.—Mi querido Adolfo: Si te suscribes a PINOCHO obtendrás, entre otros muchos beneficios, los siguientes: por de pronto recibirás el número semanalmente antes, mucho antes que los demás compradores: Antes que se ponga a la venta. Tendrás derecho a colaborar en mi revista y a tomar parte en mis concursos. Y figurarás todos los meses en el gran sorteo de regalos que realizo espléndidamente, mensualmente, sólo entre suscritores.

Muchos más beneficios, querido Adolfo, lleva consigo la suscripción; pero yo no quiero abrumarte. Los anteriormente dichos, son suficientes, a mi juicio, para animar a cualquiera.

Abrazos de Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, Morronguis, Don Turulato y Currinche. Mios, para ti, apretadísimos, trescientos abrazos de madera.

Juan Hidalgo.—¡Cuánto siento, mi querido Juan, la tremenda errata que hemos cometido contigo! ¡Contigo, Juan, el más listo de los Pinochistas! Vi la errata cuando ya no había medio de subsanarla. Pero aquí digo, a los cuatro vientos, para que todo el mundo lo sepa, que la cabeza de Pinocho—la mía—seguida de unos magníficos versos, que se publicó en el número 65, pertenecía al genial Pinochista Juan Hidalgo, de trece años de edad, residente en Cabeza del Buey (Badajoz).

¡Oh, y cuánto siento no poder publicar ahora, como sería mi gusto, tu crónica deportiva! ¡Cuánto lo siento! He suspendido, sólo por unos números, la página de deportes. Cuando ésta vuelva a aparecer, mándame cuantas cosas quieras.

Perdón. Un abrazo muy apretado, cordialísimo, de tu mejor amigo.

María Luisa Sender.—Lee las letras primeras dirigidas a los colaboradores. Por ahora, la verdad, hasta nuevo aviso, es inútil que me remitas colaboración. ¡Ah! Y cuando vuelvas a remitírmelas, procura tinta negra para tus dibujos. ¿Comprendes?

Antonio Garrote Más.—Tus dibujos para la página deportiva, como todo lo que me viene ahora de colaboración, no puede publicarse. Lee el primer párrafo que dirijo a los colaboradores.

Juan Antonio Garrido.—Mi querido Juan Antonio: Supongo en tu poder los números de PINOCHO—33 y 42—que me pedías. Supongo, asimismo, en tu poder el diploma que te correspondió junto con la mención honorífica. Y supongo—última suposición—que ya estarás contento, satisfecho de tu mejor amigo. Conmigo, la verdad, es imposible, inútil, absurdo, intentar disgustarse. ¡Con lo espléndido, con lo generoso que yo soy!...

Pinochistas premiados en el sorteo mensual de regalos a los suscritores

Premios.	Abril.	Mayo.	Junio.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. María del Pilar Gallo.—Santander.	D. Francisco Murillo.—Barcelona.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.
Segundo. 15 ptas. en libros.	> Amelia Rufino.—Gandía.	Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba).	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.
Tercero. 10 ptas. en libros..	D. Carlos Marcos.—Cangas de Ti-neo.	> Rosa Oñate Prendergast. — Sarriá.	> Alfonso Ponte.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Amelia Aranda Sins.—Zara-goza.	D. Recaredo y María Garay.—Ma-drid.	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mauro Alonso.—Vigo.	> Francisco Gil de Sola.—Barce-lona.	D. Mariano Guitián.—Madrid.

Varios Pinochistas premiados en el primer gran sorteo de regalos para los suscritores



Mercedes Lletget.
Barcelona.—Premio 16 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



María González Salvatierra.
Salamanca.—Premio 28 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Fernando Corral.
San Sebastián.—Premio 45 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Juanita Gamero Cívico.
Madrid.—Premio 12 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



María Barroso.
Málaga.—Premio 19 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.° Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.° Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.° Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.° Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
- 5.° Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.° Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.
- 2.° Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.
calle de núm. Pueblo
..... Provincia, se suscribe a
PINOCHO por ⁽¹⁾ { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).
UN SEMESTRE... } diez pesetas (ó 12 pesetas) } remite a la Adminis-
UN TRIMESTRE.. } cinco pesetas (ó 6 pesetas) } tración de FINOCHO, calle de Valencia, 28 ⁽³⁾, en ⁽⁴⁾ También remite 1,50 pese-
tas ⁽⁵⁾ para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.
(Fecha y firma.)

- (1) Dórese lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.° de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

IMPORTANTE

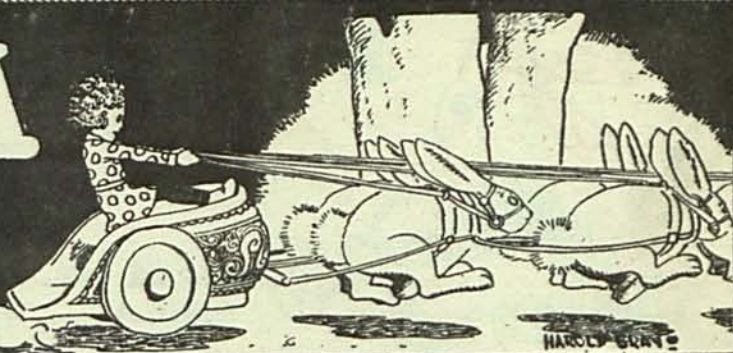
Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal **impuestos** por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengais presentes estas indicaciones:

- 1.° Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.° Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.° Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GUNTS

MIRA, PELUCHO, MIENTRAS GURRIDINI DUERME NOS VAMOS A IR TÚ Y YO A DAR UN PASEITO.



NOTE IMPACIENTES. HOY QUIERO SALIR MUY ARREGLADITA PARA QUE LA GENTE ME MIRE



CON ESTE VESTIDO, ESTE SOMBRERO Y ESTE BASTÓN ME TOMARÁN POR ARTISTA DE CIRCO.



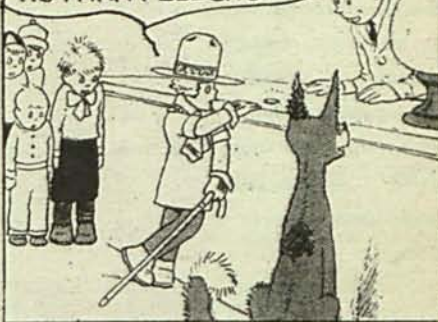
Y CREERÁN QUE TÚ ERES UN PERRO DE ESOS QUE SABEN HACER MUCHAS COSAS.



HOY ME SIENTO ESPLÉNDIDA. PELUCHO. TE CONVIDO A REFRESCAR.



UNA GASEOSA PARA MI, Y UN BARQUILLO RELLENO PARA PELUCHO.



ANDA, ACÉRCATE, NO TENGAS MIEDO.



SEÑORITA, YO QUISIE...RA HA...BLAR CON US....TED.

TÚ DIRÁS QUÉ QUIERES, MUCHACHO.



PUES VERA USTED. NOSOTROS QUISIÉRAMOS DEJAR NUESTRAS CASAS Y QUE NOS LLEVARA USTED CON SU CIRCO.

¿QUÉÉÉ....?



¿TU NO SABES LO QUE DICES! ¡DEJAR TU CASA PARA VENIR CON EL CIRCO! ¡TÚ ESTÁS MAL DE LA CABEZA!



EN EL CIRCO NO HACE FALTA GENTE TAN MENUDA. YO TENGO QUE RODAR POR EL MUNDO PORQUE SOY UNA ARTISTA, PERO SI TUVIERA UN HOGAR COMO VOSOTROS, DARIA UN SALTO DESDE EL CIRCO A MI CASA.



¿HAS VISTO QUE CHICOS MÁS IDIOTAS? ¡TEMER UNA CASA Y UNOS PADRES QUE LES CUIDAN Y PENSAR EN HACERSE TITIRITEROS! DEBEN ESTAR LOCOS ¿VERDAD, PELUCHO?



DE REMATE, ANITA.



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Las pajaritas.—
¿Os habéis fijado
en que ahora hay

mucha menos costumbre de hacer pajaritas de papel que antes?

Verdad es que para vosotros, lectorcitos encantadores, la palabra «antes» tiene una significación limitadísima. Vuestro «antes» ¡es tan cercano a hoy! La vida de las muñecas, en cambio, a poco que tengan la suerte de caer entre manos de niñas buenas y cuidadosas, puede ser larguísima, sin que cambie su aspecto. Así es que somos lindas graciosas menudas y candorosas como los niños. Podemos, cual un juguete cualquiera, alcanzar la inmortalidad; y nuestra experiencia y sabiduría iguala, y hasta a veces sobrepasa a la de las personas mayores.

¡Ved cuántas ventajas en un cuerpecito de porcelana o de cartón!

Pero Dios mío, ¡qué charlatana soy! Cuando pego la hebra con vosotros, ya no me sé parar, y luego el gran Pinocho me riñe y me dice que se ve negro (vamos, que se ve Currinche) para meter tanto texto en una sola plana.

Volvamos, pues, a las pajaritas de papel.

Yo recuerdo el tiempo en que la mayoría de los papás —y más aún de los tíos— se daban muy buena maña para confeccionar pajaritas de papel, y las confeccionaban constantemente, un poco para entretener a sus hijos y sobrinos, y otro poco, quizá, para entretenerse a sí mismos.

Conocí a un señor que era un «as» indiscutible en este arte, y batía todos los

records de las pajaritas de papel. Trozo de papel que le caía bajo la mano, trozo de papel que convertía al punto en una perfecta pajarita, y en un abrir y cerrar de ojos fabricaba, a lo mejor, una colección imponente de pajaritas de todos los tamaños, desde una enorme, elefantésca, hecha con papel de embalar, hasta una microscópica e ingrátida, hecha con la cuarta parte de una hojita de papel de fumar.

Aquel señor tenía una catterba de sobrinos que le adoraban y le llamaban «Tito Pajarita».

Y aquí debo hacer una terrible y dolorosa confesión. Yo, que paso por ser bastante habilidosilla; yó que escribo, coso, bordo, corto y pinto

bastante regularcitamente (por lo menos, vuestras cartas adorables así me lo hacen creer); yo, Pirula..., ¡en mi vida he sabido hacer una pajarita de papel!

Para castigarme por esta laguna, imperdonable, en mi educación, se me ha ocurrido crear hoy, para vosotras, una pajarita que se parece mucho a las de papel; pero que es más original y más práctica, puesto que constituye una encantadora lámpara para mesita.

La armadura debe encargarse, naturalmente, a un pantallero, si bien podéis intentar fabricarla en casa con un poco de alambre y un mucho de habilidad.

Se forra luego con seda blanca lavable, sobre la cual se pinta el ojo con tintas transparentes.

Esta lámpara proyectará una luz tenue, suave.

Más que lámpara es, en realidad, una especie de «veilleuse», cuya claridad, apenas perceptible, vela sobre la mesilla de noche cuando todo está sumido en la oscuridad.

